

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

AÑO VII

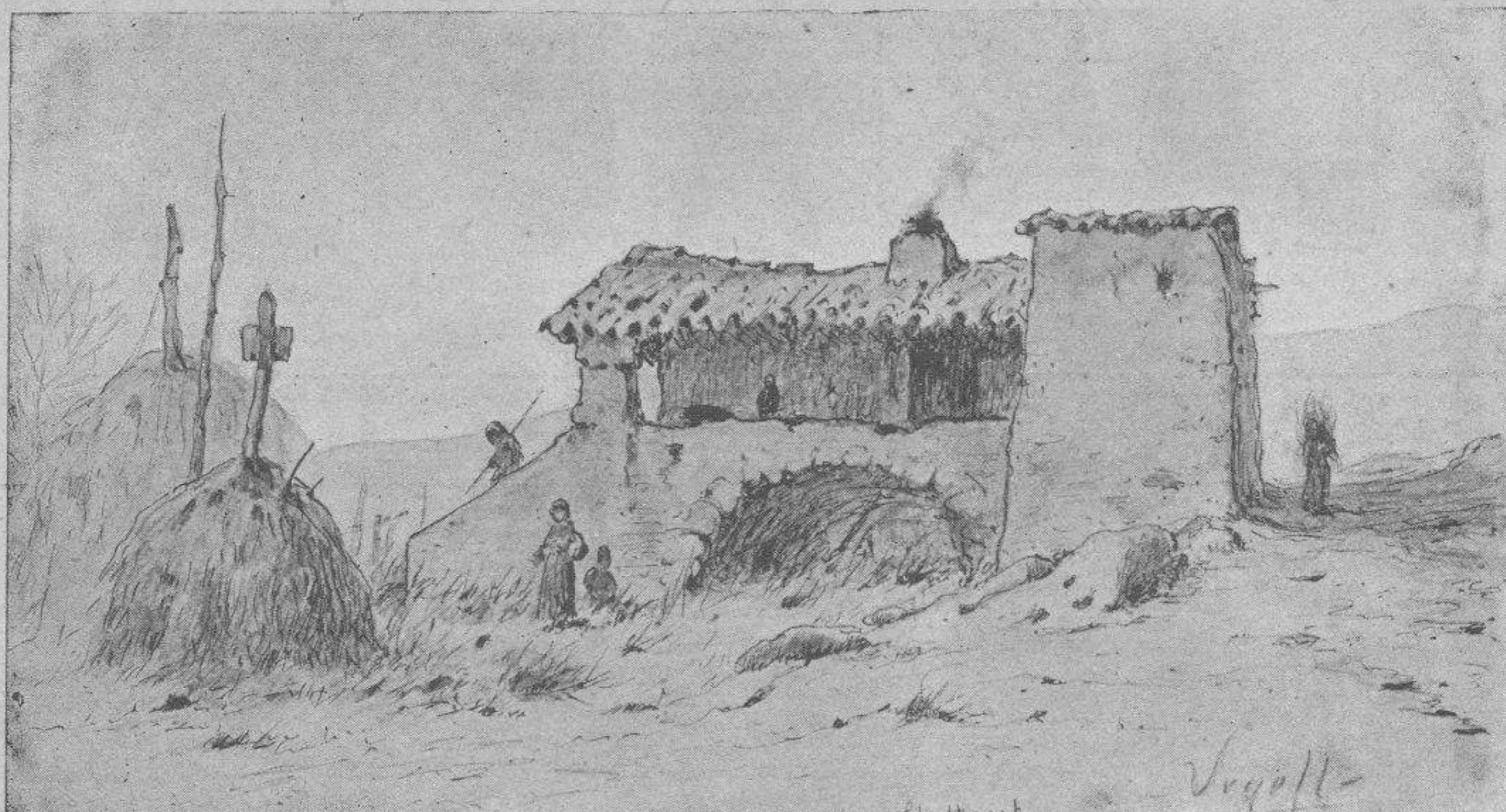
BARCELONA, 29 DE OCTUBRE DE 1896

NUM. 310

PINTORES EMINENTES



MODESTO URGELL.



PREMIADO EN MUNICH. — MUSEO DE STUTTGART.

MADRID POR HORAS

¡Esto es horrible!

Hemos pasado del calor al frío tan de repente que en un Jesús nos hemos resfriado casi todos los madrileños cándidos que aun creíamos en la existencia del otoño.

Y, hay que desengañarse, el otoño ha pasado á estación de provincias; en la corte no gastamos más que tres estaciones, cosa incomprensible con un Gobierno que las subvenciona, al subvencionar los ferrocarriles.

Todo será que *el Otoño*, cuando se entere y quiera echar una cana al aire, *pida auxilio* y vuelva á la corte á gastarse los cuartos alegremente. Entre tanto el pobre Otoño madrileño ha quedado para que le canten los vates su romántica caída de hoja (que no siempre ha de ser de ojos) y para que los sastres se vuelvan locos (de contento) por la *racha* de ternos y capas y abrigos que les caen de pronto.

El día que escribo estos renglones, ha sido regular, sol casi templado, nubes de algodón pasajeras y aura embalsamada por el polvo de las calles.

Todo Madrid fuera de casa; y estos días son los que aprovechan los pollos, para estrenar esos ternos de pelo erizado inglés y el gabán faldoneado, destrozando corazones.

Porque *ellas* ¡ellas sí que están encantadoras con esas telas de pañete rubio y candoroso de puro tenue!

Bajad por la calle de Alcalá á la hora de *los melones*, y las veréis radiantes de luz y de armonía y de polvos de arroz, luciendo los trapitos nuevos.

— Es usted monísima — suele aventurar algún pollo al paso de éstas.

Para él es la vida; con botas nuevas, sombrero flamante y gabán irreprochable, tiene fama de tenorio desde la calle de Peligros hasta la misma Cibeles.

El primer día la ve y la cautiva; el segundo, la dice eso de «es usted monísima»; el tercero la enseña una carta perfumada con esencia de alquitrán; el cuarto se la da; el quinto, le dice *que sí*, y el sexto... el sexto, *la madre* dice *que no*, porque sospecha en él un calavera empedernido por la manera de clavarse los lentes.

A él se le importa un comino, ¡y á otra!... La ve, la sigue, y zás, ¡calabaza! Su corazón no se interesa nunca, y tan fresco.

Más víctimas hace, sin embargo, la ropa nueva en los corazones que las clases de solfeo y piano en las niñas de 15 en adelante. Don Celedonio no se olvidará nunca:

Estrenaba *de todo*, terno, ambo... y quina (como decían nuestros abuelos).

Salió de la oficina tan descuidado, lo vió por *vez primera* y se enamoró de repente. ¿Quién

era ella? Un ángel, entonces, aunque dedicada al penoso servicio de ama de cría, para entretener sus ocios de soltera.

Se llamaba Telesfora, y era pura, modesta como la *sua madre*, que vendía lechugas y cebolletas en la plaza del Carmen.

Don Celedonio no pudo resistir la mirada que la femenina cabra le lanzó á la ropa, y dió un beso al niño que llevaba Telesfora en brazos como un paquete de cretona.

— ¿Le gustan á usted los niños?

— Son mi encanto.

— Y á mí; ya ve usted, mi vocación es esta: ó criar chicos—dije á mi madre cuando me pusieron de largo—ó entrar en un claustro.

No; no entrarás en un claustro—exclamó entonces don Celedonio, mientras el niño se nutría vorazmente á su vista—¡yo te amo!

A los cinco meses y un día, se enlazaban los dos solos en una iglesia muy obscura, y la felicidad se *cernió* sobre el hogar tranquilo cerca de ocho días.

Una mañana, don Celedonio se levantó en calzoncillos, buscó por todas las habitaciones, miró en la carbonera, en el cajón de las patatas ¡nada! ¡Telesfora había huído!

¿Con quién?

Con diez duros en plata y *lo puesto*. El claustro la llamaba tal vez.

Por eso don Celedonio, cuando *estrena*, siente rebosar la amargura en su pecho, y le hace estornudar de un modo siniestro el dulce aroma de la lanilla nueva.

José BRISSA



¡AY!

(TRADUCCIÓN DEL GALLEGO), POR ANGEL CHAVES.

¿Cómo fué?...—Me encontraba yo ausente
y las negras viruelas le dieron;
avisóme su madre en seguida
y vine corriendo.

No me acuerdo del tiempo que estuve
con mi llanto su cuna regando;
sólo sé que me alcé con mi niño
sin vida en los brazos.—

¡Ángel mio! Sintiendo mis pasos,
anhelante hacia mi volvió el rostro.
Me miró y no me vió... Ya no había
ni luz en sus ojos.

Golondrina de pluma azulada
que en mi alero dejaste tu nido,
pues por él me preguntas, ya sabes
que fué de mi niño.

MANUEL CURROS Y ENRIQUEZ



ALDEA.

DESPUES DEL INVIERNO

(DE VÍCTOR HUGO.)

¡Mira; todo renace, amada mía!
Brillantes resplandores
Alumbran ya la atmósfera sombría:
Cuando llena la tierra está de flores,
Los hombres son mejores.

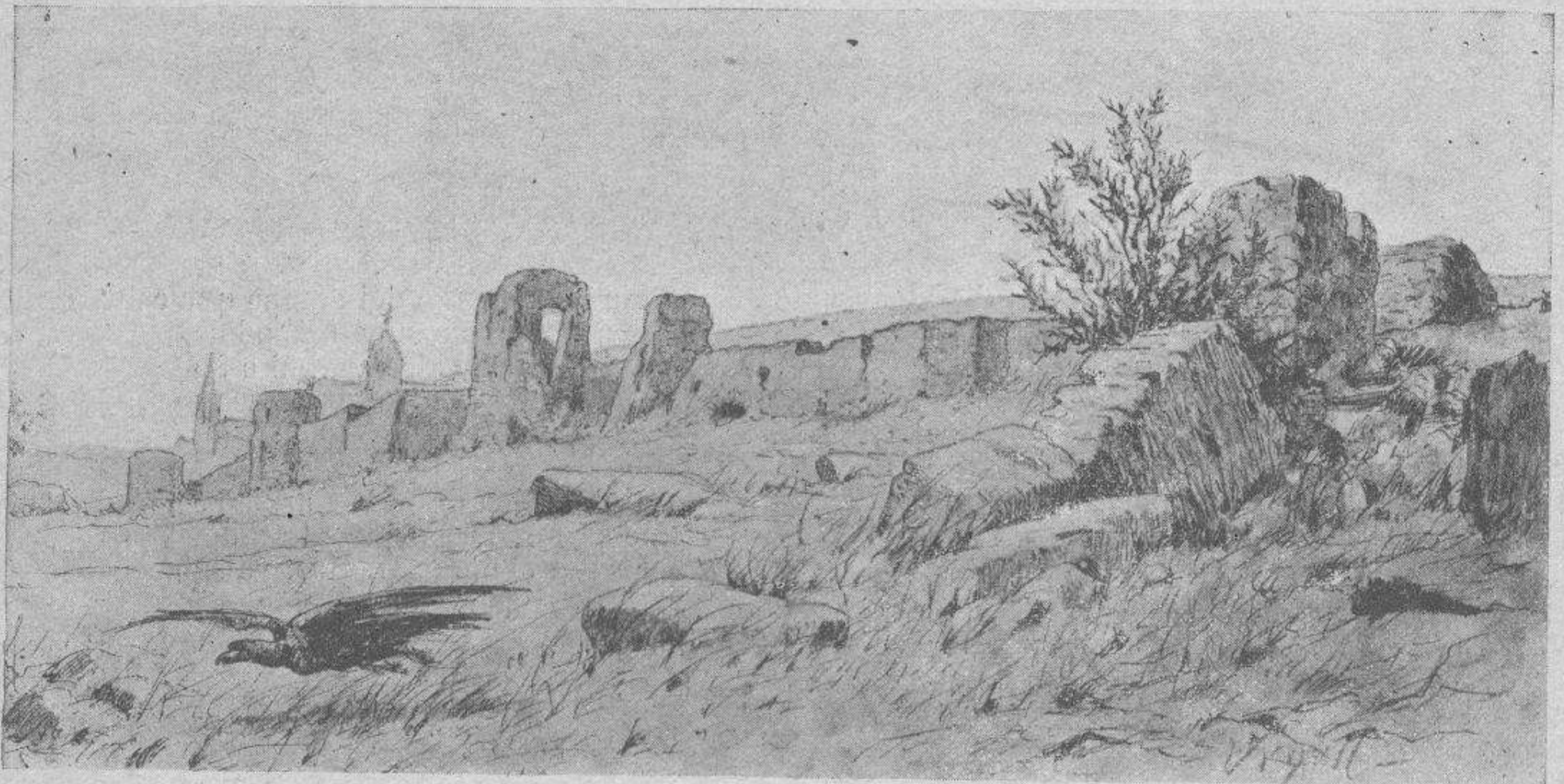
Ven: dos chispas del mismo fuego eterno
La flor en la pradera
Y el astro encienden en la azul esfera;
Ven, ven: huyó el invierno,
Esa triste y oscura primavera,
Que del pecho á los ojos subir hace
Savia amargura que en llanto se deshace.

¡No más lágrimas! ¿Quieres, vida mía,
Que nos amemos en la selva umbría?

Los árboles inclinan
Sus ramas, que engalanan frescas flores,
Para abrigar los pájaros, que trinan
Sus cánticos de amores.
Parece que despunte los albores
De aquel dichoso día
Que vió nacer nuestra pasión constante,
Y que Mayo sonría
Como en el cielo, nuestro pecho amante.

Todo lo llenan músicas sonoras:
De día las abejas zumbadoras
Cantan en torno de las flores bellas,
Y cantan luminosas las estrellas
En las nocturnas horas.

¿No oyes las dulces voces que nos llaman



GERONA. — ADQUIRIDO POR S. M. EL REY ALFONSO XII.

Y nos dicen en árboles y nidos:
«¡Felices los que aman!
Por la diestra de Dios son bendecidos?»

¡Ay! ¡embriaga el ambiente!
En torno de mi cuello tú reposas
Los vencedores brazos dulcemente:
¡Oh, Dios! ¡en los rosales cuántas rosas!
¡Cuánto suspiro en nuestro pecho ardiente!
¡Eres más bella tú que las auroras!
Tus ojos y tus labios de rubies
Sus lágrimas les roban cuando lloras,
Y les roban sus perlas cuando ríes,
Nos ama la feraz naturaleza,
De Eva y de Adán hermana;
Y mece nuestro amor, y su belleza
Mezcla con él ufana.
En plácido embeleso

El cielo contemplándote, te adora,
Y nos devuelve nuestro dulce beso
La sombra protectora.
De los enamorados elementos
Los supremos esfluvios aspiramos;
Y somos dos aromas, dos acentos,
Dos ráfagas de luz que nos buscamos.

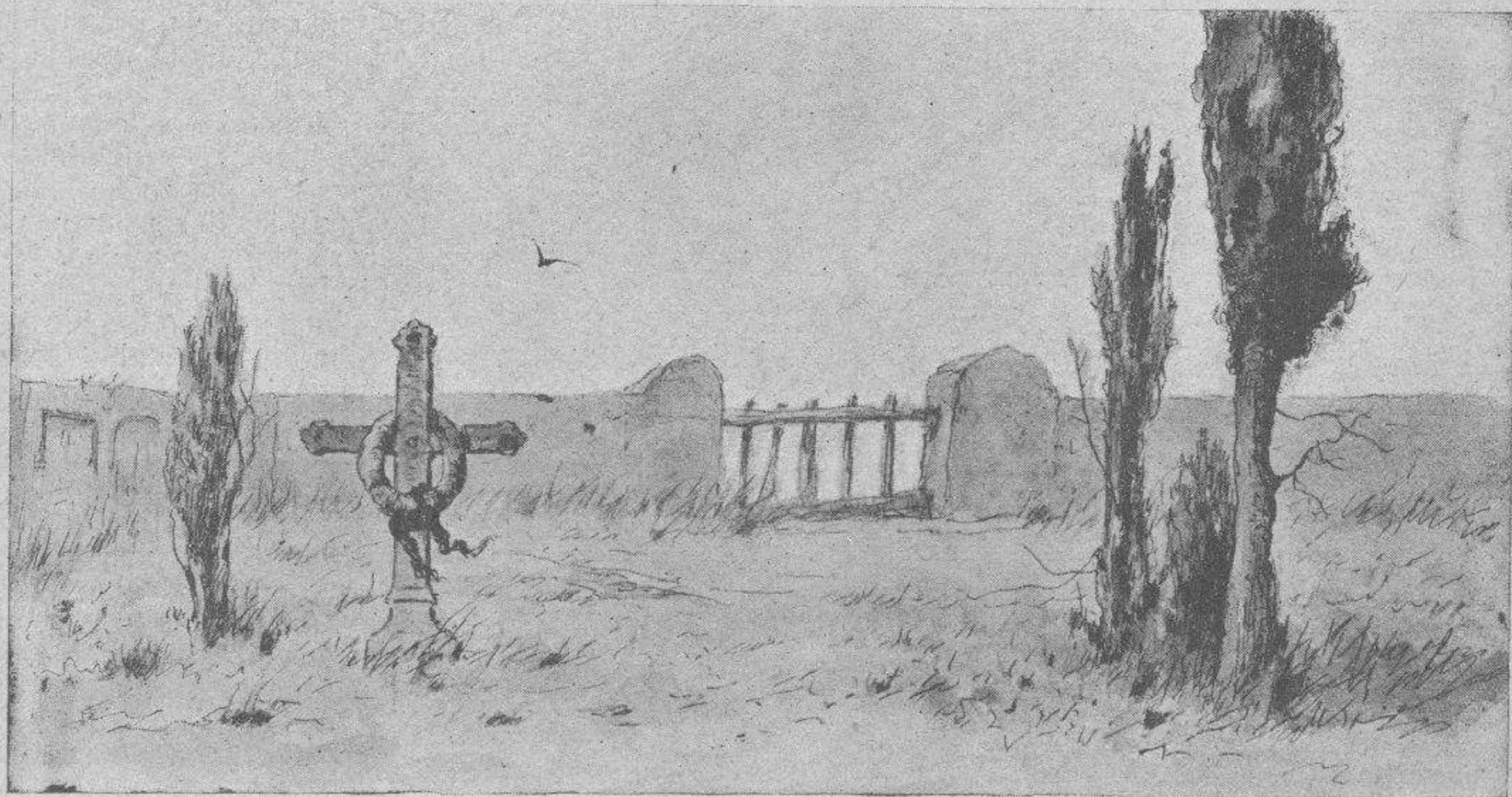
Y sin que entibie su feliz ternura
Nuestra pasión constante,
Yo amo á la estrella pura,
Y el sol, el sol espléndido, tu amante.
Y nuestra fiebre ardiente
Siente la flor que nuestro labio toca,
Y á la vez nuestra boca
Los besos de la luz percibe y siente.

T. LLORENTE

¿QUÉ ES AMOR?

¿Dudando, Enriqueta, tu pura inocencia,
Si amor, que aun no sientes, es dicha ó dolor,
Pretendes que diga mi amarga experiencia
¡Feliz, pues lo ignoras! ¿qué cosa es amor?
¡Alzad de las tumbas, y al par de la brisa
Cruzad, bellas sombras, dejando el no ser!
La Estuardo, Francisca, Lucrecia, Eloísa,
¡Dementes sublimes! decid, ¿qué es querer?
»Querer, un misterio», comienza la Estuardo,
«Que á dos funde en uno, partiendo uno en dos.»
¿Qué son tus amores, amor de Abelardo?
«Infierno de dichas y cielo sin Dios.»
«No amar, siendo amada», prosigue, «no es vida;»
No ser nunca amante ni amada, es *no ser*;
Querer, el *infierno*, no siendo querida;
Mas, siendo querida la *gloria* es querer.»
¡Perdona, oh perpteuo pudor de la historia,
Perdona á mi musa, si evoca en tropel
Los nombres que fueron escándalo ó gloria:
Cleopatra, la Cava, Teresa, Raquel!

Dejad los sepulcros, falange divina,
Tomando á mi acento las formas de ser:
Elena, Artemisa, Judith, Mesalina,
¡Honor ó vergüenza! decir, ¿qué es querer?
Decidme si es fiebre que el alma envenena,
O sólo un deleite que se une al pudor:
Semíramis, Safo, Ninón, Magdalena,
¡Falsarias eternas! ¿qué cosa es amor?
Teresa la Santa, más bien la divina,
«Amor», dice, «¡junta ternura y deber.»
«Amor es», replica la vil Mesalina,
«Hallar el descanso causando el placer.»
«Amor pierde», dicen la Cava y Elena,
«La fe y patria siempre, los goces jamás.»
«Es», dice gimiendo de amor Magdalena,
«Gozar mucho, y luego llorar mucho más.»
Y Safo, con fiebre de amor que no espera,
«Morir por quien se ama», prorrumpo, «es querer.»
«Es cierto», responde Lucrecia altanera:
«Morir por quien se ama, si se ama el deber.»



CEMENTERIO PINTADO POR ENCARGO DE S. A. LA ARCHIDUQUESA ISABEL.

«Vivir en la mente», prosigue Artemisa,
«De aquél que amó mucho, y amó porque sí.»
«Vivir siempre en otro», murmura Eloísa.
Semíramis dice: «Vivir otro en mí.»
«¡Hablar con el aire!» de amor satisfecha;
¡Mal haya su boca! prorrumpo Ninón:
«Amores sin crimen son sueños sin fecha;
Pasión que no afrenta, no es digna pasión»
En fin, ¿halla el que ama, la gloria ó el infierno?
¡Aquí las perjuras! ¡Las fieles aquí!
Decidme, en resumen, lo que es ese eterno
Deseo que miente, mintiéndose á sí.
«¡Morir!» dice Safo. Francisca, «¡el incesto!»
Teresa, «¡aquel místico amor del amor!»
Judith y Lucrecia, «¡gozar con lo honesto!»
Cleopatra, «¡la orgia!» Raquel, «¡el pudor!»

¡Silencio! así al mundo volvieron demente;
Aun dudan hoy locas, más locas que ayer,
Si amor da delicias, ó si es solamente
Perder la ventura buscando el placer.
¡Huid! falsas dueñas de todos los dueños
Que el mundo anegaron en llanto por vos,
Que hacéis de la vida ya un sueño de sueños,
Que hacéis de la carne ya un monstruo, ya un dios.
¿Amor en vosotros es todo ó no es nada,
Verdad ó mentira, virtud ó placer?
¡Odiosa falange del mundo adorada,
Pues son siempre un caos, ¡tornad al no ser!
¡Maldito aquelarre de diosas; que ignora
Si amor cura ó mata, si afrenta ó da honor!
Ya oíste, Enriqueta; si sabes, ahora
Responde tú misma: ¿qué cosa es amor?

CAMPOAMOR

EL TRIBUTO DE SANGRE

¡Dicen que la ley lo manda,
Y te arrancan de mis brazos!
Con el alma hecha pedazos
Partir allá te veré.

Anda, y calla, y obedece
Esa ley que Dios maldijo,
Que roba á la madre el hijo
Y el báculo á la vejez,

Hijo mío, ¿volverás?...

Que á su tierra

Pocos vuelven,

Y á la guerra

Muchos van...

¡Tú vas á la guerra, Juan!

¿Quién labrará nuestro huerto,
Que es encanto de mis ojos?...
Mañana tristes abrojos
Bañará del sol la luz.

El pan faltará á tu madre,
Que, al sonar las oraciones,
No oirá las dulces canciones
Que tan bien cantabas tú.

Hijo mío, ¿volverás? etc.

Mira quien viene del campo,
Ella, que iba á ser tu esposa;
Ni más gallarda es la rosa,
Ni más hermoso es el sol.

Al lejos tus compañeros
Trabajan con alegría...

¡Y tú pierdes en un día
Madre, amistades y amor!

Hijo mío, ¿volverás? etc.

Mira, reza por las noches
A la Virgen del Rosario,
Al pie de este escapulario

Que *Ella* me dió para ti.
Pónlo después sobre el pecho,
Y, al marchar con firme planta:
Su imagen bendita y santa
Será tu escudo en la lid.

Hijo mío, ¿volverás? etc.

Zagal mío, ¿por qué lloras?
¿Es por ver que tus hermanos
Levantán las tiernas manos
Amparo pidiendo á Dios?
Así la tórtola gime,
Cuando con vuelo torcido
La roba del pobre nido
Algún gavilán traidor.

Hijo mío, ¿volverás? etc.

¡Quién sabe!... Acaso mañana
El azar de una pelea
Te arroje á incendiar tu aldea,
La que te ha visto nacer.
Y ¡ay! á la voz de tu jefe,
Voz tremenda, inexorable,
No perdonará tu sable
Ni á tus hermanos tal vez,

Hijo mío, ¿volverás? etc.

¡Adiós, prenda de mis ojos!
Vete en la flor de tu vida
A la guerra aborrecida,
Que así lo manda la ley.
Hambre, fatiga y miseria
Te esperan... ¡pobre soldado!
Pero la ley lo ha mandado...
¡Confúndala Dios, amén!

¡Adiós!... ¿Ya no volverás?

Que á su tierra

Pocos vuelven,

Y á la guerra

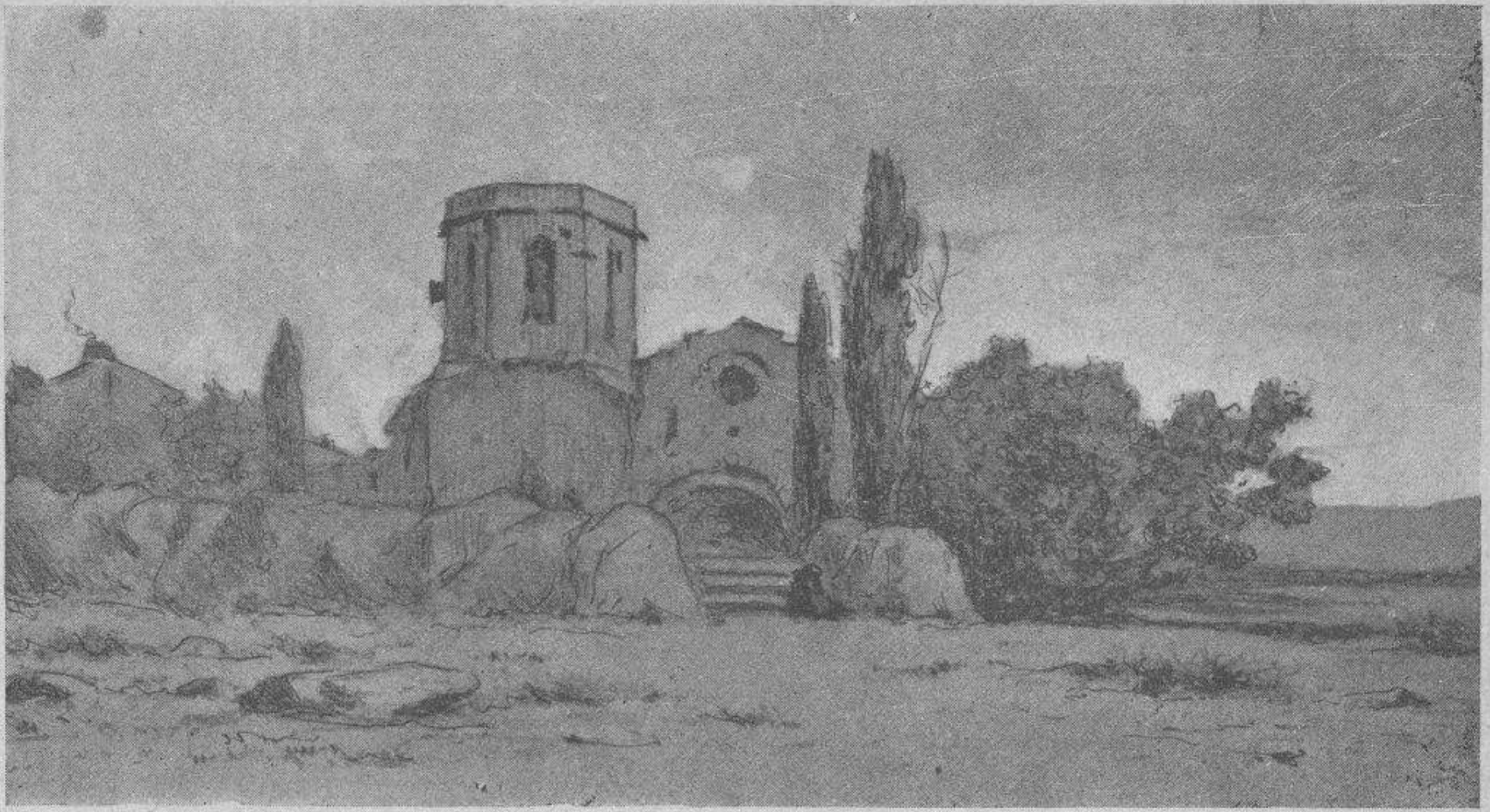
Muchos van...

¡Tú vas á la guerra, Juan?

VENTURA RUIZ AGUILERA



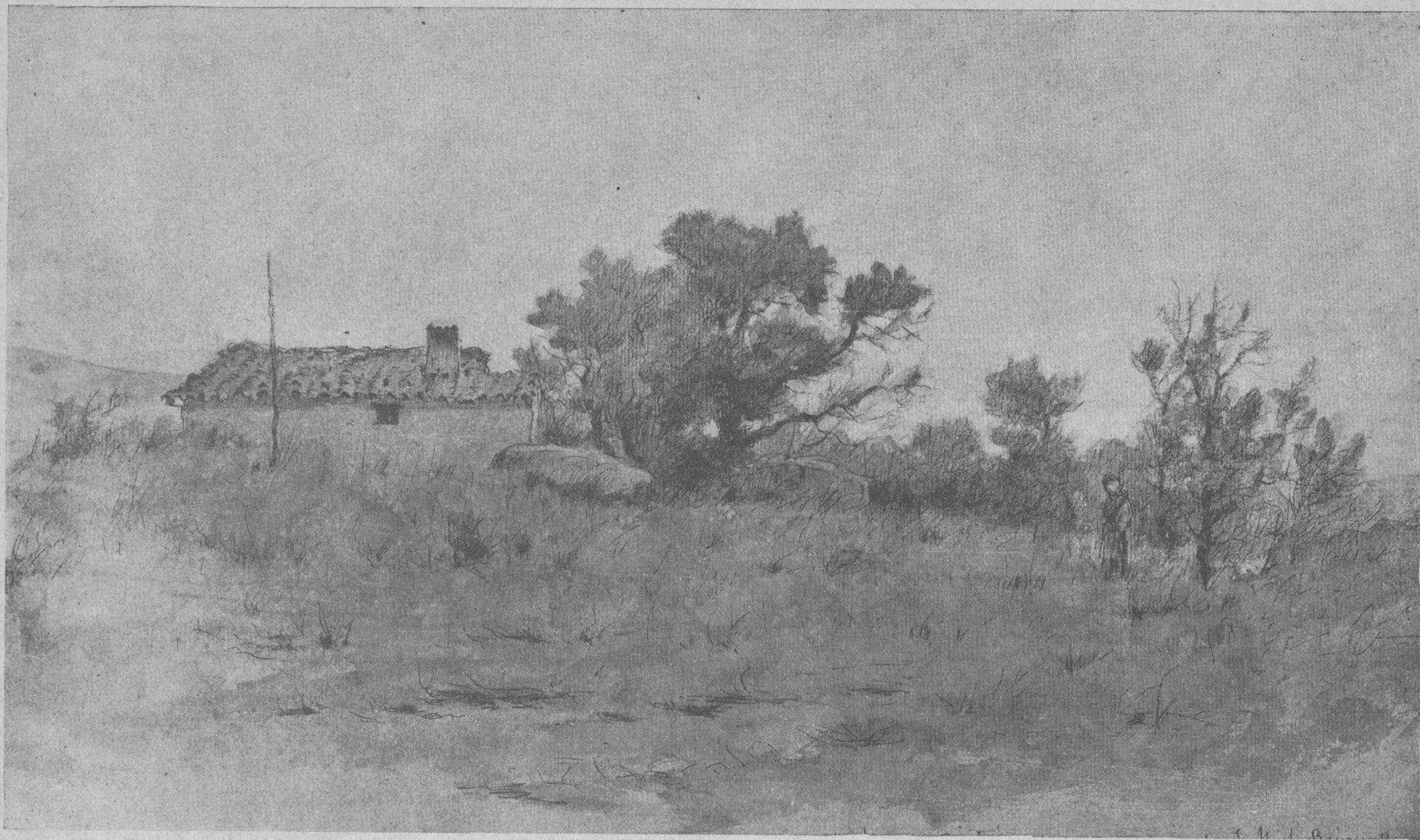
APUNTE.



TOQUE DE ORACIÓN. — PRIMER PREMIO EXPOSICIÓN DE MADRID DE 1876
ADQUIRIDO POR EL ESTADO.



APUNTE.



CREPÚSCULO. — PINTADO POR ENCARGO DE S. M. LA REINA REGENTE.



APUNTES.

QUIJOTADA

¡Pobres calaveras! siempre seréis unos quijotes. No me lo neguéis, lo sé por experiencia. Cuando tenía veinte años, en mi cabeza no había más que figuras de mujer. Y ¡en qué actitudes! Antes de la conquista, en la conquista y después de la conquista. Veíalas rendirse al calor de una mirada, sentíalas desmayarse en mis brazos, para decir después *¿dónde estoy?* Solteras ó casadas, rubias ó morenas, gruesas ó delgadas.

«Desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca,»

mi potencia conquistadora se atrevía contra todas. No había vieja que no fuera verde, ni soltera que dejara de casarse tres veces al día, ni consorte que no se la pegara á su marido; ¿pero yo que culpa tenía de ello? Apenas si había caído en mis manos un cuento ó una novela, ó había visto representar un drama donde la hembra no faltase á sus deberes de mujer. ¡Y puede tanto una afirmación muchas veces repetida! Abundaban, por otra parte, los individuos que en el café, paseando, donde quiera que se reunieran hombres, no dejaban de repetir: Yo, cuando era joven, ...bueno, sí, algunas. Pero ahora ya estoy en baja. Y empleaban un tonillo desdeñoso que me causaba envidia.

Llegué á tener lástima del pobre que se casaba. Lo primero que se me ocurría era pensar quién sería el afortunado amante de la nueva desposada. ¿Yo tal vez?

Una mañana me pareció el cielo más alegre y el sol más hermoso. El mundo era pequeño para mis aventuras. Dos horas estuve delante del espejo. Salí de casa y miré á los balcones, y volví la vista hacia atrás varias veces figurándome que el barrio entero salía á las aceras para admirar al muchacho más distinguido, más elegante, más seductor, que nació de mujer. Es inútil, pensaba. La miel no se ha hecho para la boca del asno. Descuidad, sería echar margaritas á puercos. Seguí andando y, al pasar por cierta callejuela sucia y pobre, vi que salía de un estrecho portal, una buena persona, una gran hembra, como yo decía entonces, y aún siguen diciéndolo algunos imbéciles. Representaba tener aquella señora unos veintiocho años; era alta, algo gruesa, rubia y lucía un sencillo traje de lana oscura. Parecía que la robustez de aquellas formas iban á romper las costuras del vestido.

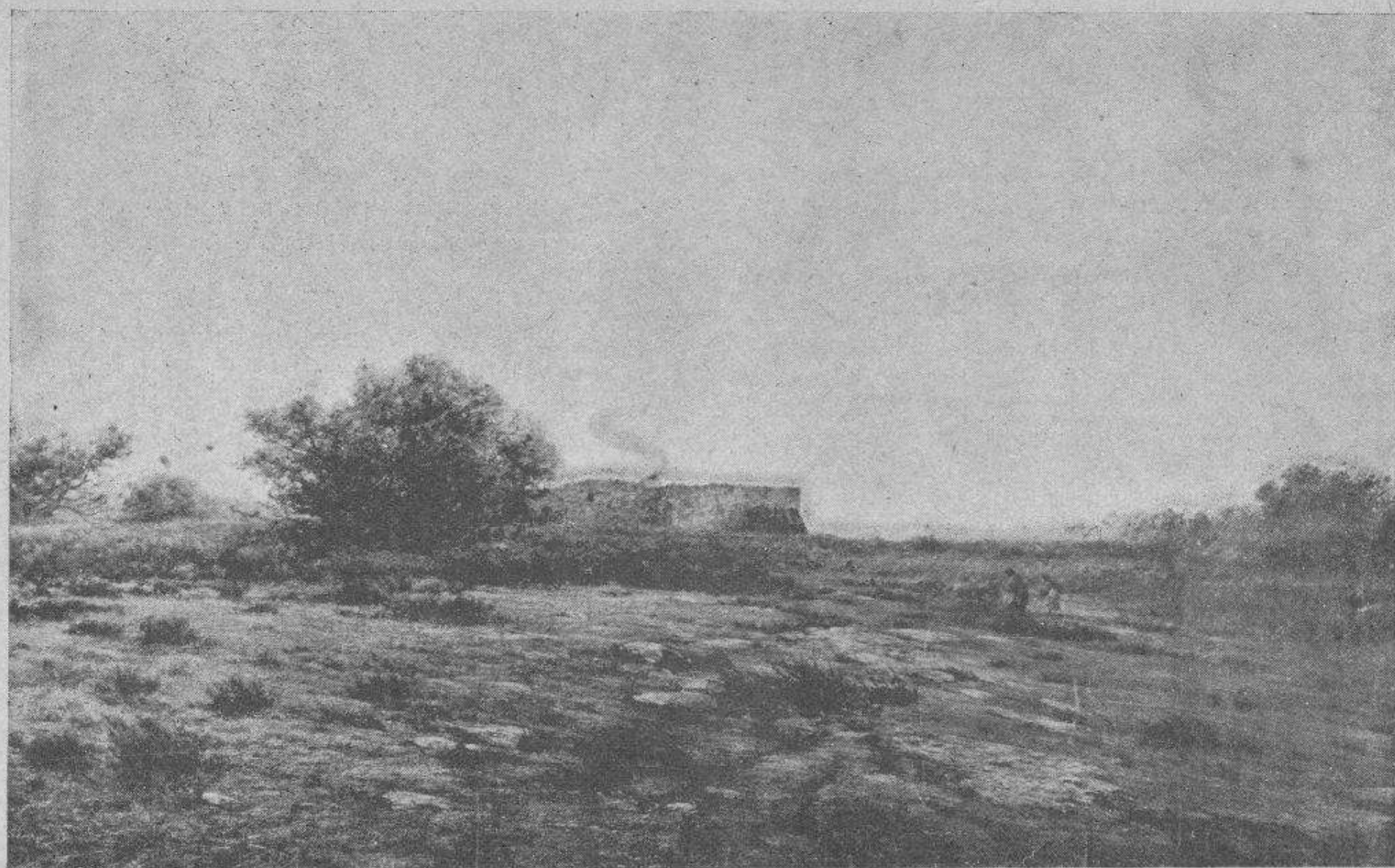
Esta es la mía, pensé. Y cuando estuve cerca de ella, dije:

—Olé, hermosa, viva tu madre, y la sal de ese cuerpo garboso.

La mujer bajó la cabeza y haciendo un mohín de desagrado, siguió su camino. Hombre, qué lástima, pensó ó pudo pensar muy bien, ¡tan joven y ya tan majadero! Continué galanteándola



APUNTE.



MARZO. — ADQUIRIDO POR EL ESTADO.

con menos arte del que emplearía un hortera de ultramarinos. La mujer con que el destino me brindaba no contestó á ninguno de mis floreos. ¿Pero ustedes creen que me desanimé por eso? ¡Ca, hombre! Bastante sabía, aunque no por experiencia, que no se rinde una mujer tan fácilmente, que los primeros recortes hay que darlos como á toro huído. Más tarde se le paran los pies, y el diestro puede hacer toda clase de monerías y filigranas. Hasta que se arranca á matar con una estocada soberbia, que haga morder el polvo al animal.

Después de cruzar varias calles y plazas llegamos á un edificio moderno, con el aspecto de esos conventos de monjas erigidos recientemente. En la parte superior de la puerta se leía: doctor Gómez de Alcubilla.—Clínica de niños.

Cuando la mujer estuvo dentro, llamé.

—Escuche usted,—dije al portero—¿se puede ver al doctor Alcubilla?

—Oh, ahora pasa la visita. Mire, allí en frente.

—Dígale que hay un discípulo del doctor Cantero que viene á ver la clínica.

Después de breve rato, penetré en la sala donde varios niños esperaban turno. En medio de ella estaba el doctor. Joven, alto, moreno, con larga barba negra y rizada. Me recibió afectuosamente. Con el permiso de usted—dijo—continuaré.

Sobre una mesilla redonda había un niño pálido, con el pelo lacio y unas orejitas que le clareaban. Un niño enclenque. ¡Tenía unos ojos más tristes!

El doctor Alcubilla le iba examinando cuidadosamente. Le deshacía los vendajes de las piernas, le aplicaba el oído al pecho cuya armazón parecía la de un pajarito. La madre presenciaba el reconocimiento, no dejando de suspirar más que para observar las contracciones del rostro del doctor. Y aquella madre era la mujer que yo había seguido.

—Nada—dijo aquél—hay que esperar algunos días. De todos modos esa complexión es muy débil.

La mujer besó al niño repetidas veces y se marchó llorando.

Sentí tal vergüenza y asco de mí mismo, que de buena gana la hubiera dicho:

—Señora, dispense usted. Soy un pobre quijote á quien hay que compadecer.

Alrededor de la sala vi sentados doce ó catorce niños anémicos y contrahechos. Algunos tenían cerca un bastón en forma de cayado. Ninguno reía, parecían estúpidos. Y yo también me marché apenado y triste. Porque si el vicio ó el excesivo trabajo agotan las fuerzas del hombre, no debieran agotar la alegría de los niños. Hay que considerar que si los gigantes y cabezudos viven, es para alegrar á los niños. Y que la noche de Reyes no llegaría nunca, sino la esperasen los pequeñuelos. Mas á la clínica del doctor Alcubilla, no llegan ni los gigantes, ni los Reyes. ¡Pobres niños raquíticos!

F. GIRALDOS ALBESA

À MEDIA NOCHE

Lejano, dulce wals que el rudo viento
llegar hasta mí hace;
que hieres en mi alma oculta fibra,
¿do hube de escucharte?

—
Páreceme que—no recuerdo cuando—
en un suntuoso baile,
giraba á tu compás entre fulgores
y gasas ondulantes...

—
Ceñíase mi brazo al fino dorso
de un breve, esbelto talle;

y oía murmurar junto á mi oído:
—Mi bien, ¡tuya ó de nadie!

—
Ah, ya! Era en casa de... era aquella
que, con acento de ángel,
jurábame lealtad por la sagrada
memoria de su madre...

—
Confieso que el dominio que en mí ejerce
la música, es muy grande:
allá, en el cementerio de mi alma,
remueve los cadáveres!

JOAQUÍN PONCE DE LEON



TUS OJOS

Ni tu frente, ni tu cuello,
Ni tus lindos labios rojos,
Ni tu divino cabello
Me esclavizan, ángel bello;
Lo que adoro son ¡tus ojos!

—
Parece que agradecidos,
Por ver si mi ardor se calma,
Me cuentan adormecidos
Los secretos, que escondidos
Lleva su dueño en el alma.

No ha mucho que repetían
Tus labios un—«no»—temblando;
Pues bien, tus labios mentían,
Y tus ojos me decían
Que tú me estabas amando!

—
Sin hacer caso á tu boca,
Adorando me verás
Tus ojos con ansia loca,
Que tu boca se equivoca,
Pero tus ojos... ¡jamás!

RAMÓN RODRIGUEZ CORREA



PEDREGAL. — MEDALLA DE ORO EN LA ÚLTIMA EXPOSICIÓN DE MADRID.

PERFILES

y Bonones



Escribo este artículo con el pie en el estribo.

Cuando mis amables lectores lean estas líneas me hallaré yo en París, en esa nueva Babel á quien Víctor Hugo (creo que fué Víctor Hugo) llamó cerebro de Europa.

Les prometo á ustedes contarles mis impresiones de viaje, que no serán muchas ni muy amenas regularmente, puesto que no voy como *touriste*, sino á trabajar en beneficio de LA SAETA que, Dios mediante, será desde año nuevo uno de los mejores periódicos de España.

Allí pasaré probablemente ese día poético y triste que cada año consagra la humanidad cristiana á la conmemoración de los fieles difuntos.

Día preñado de recuerdos; día de melancolía y de angustia para los que tenemos seres queridos en el alcázar de la paz eterna.

¡Lástima que una fiesta tan sublime, tan llena de amor y poesía, la prostituyan los necios con vanidades mundanas y engañosas demostraciones, y los malvados y los groseros materialistas con actos de irreverencia sacrílega.

Sí, hasta á la sagrada mansión de los muertos llega el eterno carnaval de la mentira; hasta allí, límite natural y forzoso de las desigualdades humanas, llega la vanidad de los vivos á insultar la memoria de los muertos.

No es el dolor, no es el recuerdo del que fué, no es el tributo al ser

querido que duerme en el seno de la madre tierra el que mueve á los vivos á adornar con paños, coronas, flores y blandones las tumbas de sus deudos; es el que dirán, es la moda, la rutina, el orgullo.

Y mientras en la tumba de una esposa fiel y amante en otro tiempo, dos criados de librea despabilan los cirios que arden entre un montón de coronas, el esposo quizá en brazos de otra goza placeres impúdicos, sin tener una lágrima para la que fué su compañera.

Ejemplos así podrían repetirse hasta lo infinito.

Todos los conocemos.

Pocos, muy pocos son los que ocultos á las miradas de los curiosos van á derramar lágrimas de verdadero dolor por los que allí yacen en paz.

¿Qué pensarán los muertos, si les es permitido pensar, de ese dolor á plazo fijo, de ese lujo que tan mal dice en aquellos lugares?

Nada digo de los que toman tan triste día para pretexto de *juerga* y diversión; de los que van al Campo Santo como á una romería ó una feria; de los que se llevan hasta la merienda y toman una turca en los mismos alrededores del sagrado recinto.

¡Y cuán triste es para los pobres que tienen seres queridos en aquel lugar, ver el aparato de los ricos que mandan á sus criados á adornar un panteón, mientras ellos ni





siquiera saben á punto fijo el lugar en donde yacen los restos de la esposa, la madre ó el hijo!

Y se les ve vagando por un dilatado espacio de terreno, como pensando:

—¡Por aquí ha de estar!

Y lloran y rezan, y sus lágrimas y sus rezos son de más beneficio al muerto y de mayor gusto á Dios, que todos los blandones del orgullo y todos los ricos paños del lujo.

Yo, desde París, dedicaré mis recuerdos y mis oraciones á los seres queridos que allá en ultratumba me esperan, y tengo la seguridad y la interna satisfacción de que este recuerdo sincero y cristiano llegará á las almas de los que amé en vida y venero en muerte, y será recibido con regocijo.

Siento, amables lectores míos, el haberos tenido que hablar de cosas tristes; pero perdonádmelo por esta semana, que yo prometo la enmienda.

Hasta la vuelta se despide de vosotros,

VICENTE SUÁREZ CASAÑ

Dibujos de XAUDARÓ.



En el album del Monasterio de Montserrat

Esa bóveda azul y esas estrellas
fulgurantes y bellas;
esas nubes que arrastran rozagantes
sus túnicas flotantes,
envolviendo á la peña con sus velos;
el monte, el valle, la pradera, el río,
me dicen, Padre mío,
que reinas en los cielos.

Esas enhiestas cimas altaneras,
que ven bajar los bosques por sus faldas
en crespas y abundosas caballeras;
esos prados amenos,
de amor y dicha y de delicia llenos;
esas selvas undosas
pobladas de rumores;
esas brisas que zumban misteriosas,
ese azul, esas aguas y esas flores,

esos que veo transparentes velos
flotar inciertos sobre el lago umbrío,
me dicen, Padre mío,
que reinas en los cielos.

Ese mar impaciente,
monstruo feroz que agita sus escamas
del temporal al látigo crugiente;
ese trueno que ruga;
ese rayo fugaz que serpentea;
ese huracán que avanza remolino,
imagen verdadera del destino,
cuanto en el mar existe ó en el suelo,
y cuanto el orbe encierra,
y cuanto puebla el aire y el vacío,
me dicen, Padre mío,
que rey sois de la tierra,
de la tierra y del cielo.

VICTOR BALAGUER



LA PAZ DE LOS MUERTOS

EL CIGARRO

SONETOS

Con los arreos de función profana
Acude el hombre á la mansión sombría,
Manchando el mármol de la tumba fría
Con flores que tejió la industria vana.

Aunque escucha el clamor de la campana
Que gime en espantable salmodia
No llora el corazón en este día
Ni al cielo eleva la oración cristiana...

Mortal: no turbes el silencio santo
De este lugar donde la muerte posa
La helada simbria de su negro manto;

Goza si quieres de la vida odiosa
De este mundo falaz; pero entre tanto
Deja en paz á los muertos en su fosa.

ALVARO L. NÚÑEZ

Lío tabaco en un papel; agarro
lumbre, y lo enciendo; arde, y á medida
que arde, muere; muere, y en seguida
tiro la punta; bárrenla, y... ¡al carro!

Un alma envuelve Dios en frágil barro,
y la enciende en la lumbre de la vida;
chupa al tiempo, y resulta en la partida
un cadáver.—El hombre es un cigarro.

La ceniza que cae, es su ventura;
el humo que se eleva, su esperanza;
lo que arderá después... su loco anhelo.

Cigarro tras cigarro el tiempo apura;
colilla tras colilla al hoyó lanza;
pero el aroma... ¡piérdese en el cielo!

PEDRO A. ALARCON



PAISAJE.

ELEGÍA

Del campo lamentaban
La soledad y muerte,
Las desprendidas hojas
Del árbol antes verde;
Con ásperos silbidos
El cierzo de Diciembre,
Con su graznar las aves
Con su callar las fuentes.
Valles y sierras altas

Cubriáanse de nieve,
Y el día de nublados
Que la tierra obscurecen.
Mas ella aparecía,
Y el aire, de repente,
Inflamábbase todo
En claridad alegre;
Reverdecía el prado
Bajo su planta breve;

Y oíanse apacibles
Melodias campestres,
Bajando cariñosos
Los árboles la frente,
Cual si besar la suya
Con las ramas quisiesen,
Y esencias regalarla,
Y coronar sus sienas.

VENTURA RUIZ AGUILERA

TRISTEZA

(DE LAMARTINE.)

Llebadme á aquellos plácidos confines
Do Parténope mira
En mar azul que sin rumor expira,
Reflejarse palacios y jardines
Y el coro de astros que sobre ella gira;
Do bañado por cándidas espumas,
Hiergue el naranjo florecientes ramos
Bajo un cielo sin brumas.
¿Por qué tardáis? Partamos.
Ver otra vez como levanta ansío
El Vesubio triunfal la roja frente
Del seno del mar frío;
En su dulce vertiente
Quiero ver la alborada
Surgiendo de las aguas cristalinas,
Y conducir los pasos de mi amada
Por sus verdes colinas.

Ven, sigamos las curvas caprichosas
De aquel golfo tranquilo,
Ven conmigo á las playas arenosas,
De nuestro amor un tiempo grato asilo.
La tumba de Virgilio allí contemplo;
Allí miro de Cintia los vergeles,
De Venus allí el templo.
Al pie de los naranjos y laureles,
Entre aquellos sarmientos trepadores
Que á los mirtos abrazan,

Y á tu frente un dosel de hojas y flores
Flexibles entrelazan,
Al rumor de las olas
Y el viento que en los árboles murmura,
Con nuestro amor á solas
En medio de la selva entretegida,
¡Tendrán allí tan celestial dulzura,
Ambiente luz y vida!

La antorcha de mis dias ya se apaga;
Al soplo del dolor se extingue lenta:
Si arroja claridad trémula y vaga,
Es que el recuerdo tuyo la alimenta.
Quizás Dios no permita
Que mi jornada acabe en este suelo;
Mi pálido horizonte se limita,
Y ya lo cubre funerario velo.
Pero, si he de morir en mi alborada,
Si en esta tierra, en vano
Al placer consagrada,
Deja caer mi temblorosa mano
La copa que con burlas engañosas
Quiso el destino coronar de rosas,
Que me llevase Dios solo quisiera
Al lugar que embellece placentera
Tu memoria querida,
Y saludar de lejos su ribera,
Y perecer donde gusté la vida!

T. LLORENTE

MISCELANEA

En una tienda.
—Las indianas deben ser de la India.
—¡Es claro!
—¿Y las cretonas?
—Pues esas deben ser... de Creta.

—Vengo á suplicar rendido
se empeñe usted con Perales.
—¡Pues ya está usted complacido!
¡Ayer le pedí mil reales!

—¿Con que ya no te emborrachas?
preguntaban á Meroles.
—No—contestó compungido.
—¿Por qué?

—Por estas razones:
cuando estaba á medios pelos,
veía á mi suegra doble.

En una escuela.
—¿Quién hizo el mundo?
—Mi padre. Pero yo le ayudé bastante, por-
que puse las visagras y lo empapelé por dentro.

Como anunciamos la semana pasada, todos los dibujos de este número son debidos al lápiz del eminente pintor, gloria de Cataluña y de España entera, don Modesto Urgell, cien veces laureado y admiración de propios y extraños.

Es tan popular y conocido el eximio pintor, que creemos inútil añadir una palabra sobre lo dicho, ni hacer un juicio crítico de sus obras harto conocidas, juzgadas y tenidas en gran estima.

Sólo nos resta darle las más expresivas gracias por la honra que nos ha proporcionado.

Nuestro querido director, señor Suárez Casañ, salió el domingo para París á gestionar asuntos relacionados con las grandes reformas que LA SAETA piensa introducir desde año nuevo. Se detendrá en la capital de Francia breves días y de allí pasará á Viena.

Imprenta LA ILUSTRACION, á cargo de Fidel Giró. Calle de Valencia, 311 — Barcelona.